



F. CHOPIN, por Delacroix.



AUTORRETRATO DEL pintor.

DELACROIX EN ITALIA

Ceferino PALENCIA



UN MODELO de Delacroix.



EL RETRATO de un joven.



LA LIBERTAD Guiando al Pueblo. . . Sólo Daumier fue reconocido como un rival para Delacroix.

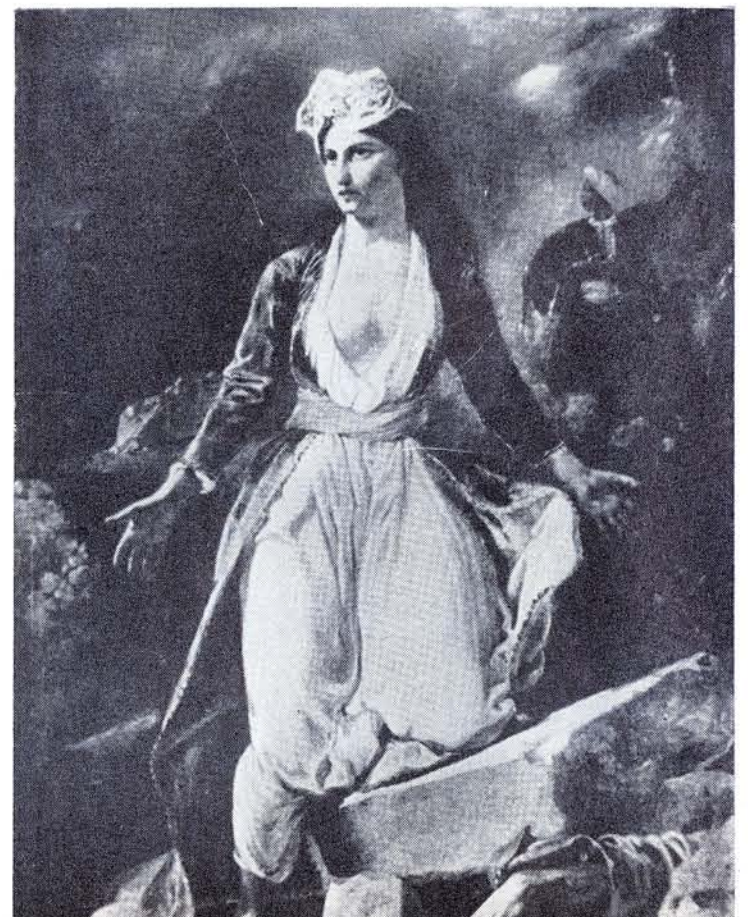


GEORGE SAND y Estudio en la Bienal de Venecia.



En la XXVII Bienal de Venecia, Delacroix ha hecho su reaparición. Sabido es que en este certamen, que tiene ya tanto de nacional como de internacional, desde hace varios concursos son admitidos valores extranjeros que, por lo general, en el momento de su aparición, no fueron sancionados por no haber sido presentados en toda la amplitud de sus propósitos, y menos en la integridad de su arte. Uno de esos pioneros *presentadores* de una nueva escuela y renovadora tendencia, fue el muy combatido en su tiempo Eugenio Delacroix. Tan sólo un crítico, allá por las fechas del 1845 se atrevió, frente a la falange estulta de los *Aristarcos* al uso, a decir con la mayor energía "Delacroix es sin duda el pintor más original, tanto de los tiempos antiguos como de los modernos". Y aún añadía el gran juzgador de arte que no era otro que Charles Baudelaire: "Si así es ¿qué hemos de hacerle? . . . Ninguno de los amigos de Delacroix, aun los más incondicionales y entusiastas se ha lanzado a afirmar claramente, crudamente, impudicamente, como lo hacemos nosotros, semejante opinión. . ." En efecto, nadie quiso romper la lanza con tanto riesgo por Delacroix como lo hizo Baudelaire, quien entre otras excelsas cualidades para todo arte tenía la de ser un vidente. Catador como pocos de auténticas posibilidades supo ver antes que todos, lo que suponía la pintura del discípulo de Guérin (maestro del gran romántico de la plástica, que a su vez había sido discípulo del neoclásico, y por ende, académico hasta lo extremo) Luis David. ¿Qué es lo que Delacroix representaba desde su libre advenimiento, causa evidente de toda la oposición que se le hizo por sus maestros y condiscípulos? Pues ser el pintor y comentarista implacable de las destrucciones de los imperios que poco a poco fueron derrumbándose en el siglo XIX; de las violaciones territoriales, de las ingerencias extranjeras como la de la helénica tierra de Scio y de las vanas ambiciones sustentadas en perjuicio

EL MARTIRIO de Grecia; arte consistente y lozano. . .



de Oriente! Ante tal espectáculo Delacroix sentirá en sí una terrible amargura que será la que llevará a su pintura tan distante de la meliflua y hasta servil, practicada por el versátil David "halagador de todos los Segismundos" cual hubiese sentenciado el clásico, y de la muy rendida e imperialista del barón de Gross a quien inspiró el gigante corso una de sus mejores obras. Eugenio Delacroix era el polo opuesto, su criterio no se sometía a la ductilidad dorsal de que hicieran gala los artistas anteriores a sus fechas, y a sus horas; no es pues de extrañar que ante tal actitud tuviera frente a sí a toda la legión creadora de su tiempo y a todos los críticos que por entonces otorgaban honores y prestigios. Pero llegó un punto en que Delacroix a pesar de la oposición vulgar y rebañega supo imponerse, y ese fue el gran triunfo de Baudelaire; el haber sabido presentir al estupefando innovador analizándole en su menor detalle. Preciso es recordar a este respecto lo que al poeta de las *Curiosidades Estéticas* le parecía no ya la pintura, sino el dibujo de Delacroix. "En París —afirmaba el valiente defensor del artista— no existen más que dos hombres que dibujen tan bien como Delacroix. El uno de manera semejante, el otro en contrario modo. El uno se llama Honorato Daumier, el caricaturista; el otro es Ingres, el gran pintor, el apasionado incondicional de Rafael..." Para ofrecer al público multitudinario tal opinión hacía falta sentirse tan independiente y libre como se sintió toda su vida el autor... y cultivador de *Las Flores del Mal*. Pero pasaron los años, y el tiempo, juzgador poco dado a sugerencias e influencias extrañas situó a Eugenio Delacroix en su debido lugar. Ya antes de morir había comenzado su justiciero reconocimiento, pero ese auténtico valor que reservaba su obra fue acreciendo a medida que la definitiva y terrena desaparición del pintor se fue alejando en el correr de las horas y los días. Hoy ya el nombre de Eugenio Delacroix, indiscutible por innúmeros conceptos, es acogido en el certamen de más crédito de cuantos se celebran en el mundo entero en el siglo XX. Quienes han influido para su ingreso actual en la Bienal veneciana, declaran a los cuatro vientos, como en efecto así es, que Delacroix es una de las personalidades que más vigorosamente han contribuido al desarrollo del arte moderno, pues a ese pintor han consagrado la mayor atención no sólo los impresionistas, sino los post-impresionistas, extrayendo de él las formas fundamentales del divisionismo y los fundamentos y elementos teóricos que contienen sus escritos. Hoy mismo —dicen los directivos y orientadores de la Bienal— "Delacroix es uno de los artistas del pasado siglo más ligados, aún, al llamado arte figurativo contemporáneo y por ello es oportuno el hacer conocer en Italia la producción pictórica de Delacroix que jamás fue presentada en conjunto". La notificación que el Comité Internacional de los expertos de la Bienal de Venecia ha dirigido a todos los países, da cuenta de que ha acordado incluir en el cuadro de exposiciones y secciones que constituirán la Bienal y que tendrá lugar en los meses de verano, del corriente año "un amplio conjunto retrospectivo de Eugenio Delacroix". La instalación quedará hecha en San Marcos en la llamada *Sala Napoleónica* especialmente preparada por el arquitecto M. Franco Albino, quien tendrá como colaborador a Mr. Germain Bazin, conservador de las pinturas y dibujos de la Calcografía del Museo del Louvre, experto avezado ya a estos menesteres y que el pasado año preparó e instaló, como ahora lo hará con Delacroix, las exposiciones de Corot y de Courbet. No serán expuestas, claro es, por razones que son fáciles de suponer, las telas de grandes dimensiones, difíciles de desplazar de los sitios en que ahora están colocadas y más difíciles aún de ser debidamente transportadas, pero no por ello entre las cincuenta obras que integran el envío: óleos, acuarelas y dibujos, dejará de haber piezas que por su valor contribuyeron, en su momento y más tarde, a cimentar y mantener la fama inextinguible de Eugenio Delacroix. A la riqueza de esta trascendente exhibición han contribuido los museos de Amsterdam, Baltimore, Burdeos, Chicago, Friburgo, Metz, Reims, Toledo (E.E. U.U.) y los museos también de Artes Decorativas de París, y de Victor Hugo, que como se sabe radica en la que fue casa del poeta insigne en la bellísima Plaza de los Vosgos de la capital francesa. A estos valiosísimos préstamos, cuya procedencia garantiza la excelencia de los envíos, hay que añadir las cesiones hechas por los coleccionistas de Zurich, París y Saint Cloud.

El comentario obligado en estas cosas es el de que, a través de los años, los auténticos valores artísticos acaban por imponerse dejando tras de ellos la ridícula actitud de quienes los combatieron, y la incompreensión de la masa estulta que no procede jamás a impulso de criterio propio. Pero es necesario insistir en que si Delacroix en sus fechas de innovación y arresto, no fue admitido por el vulgo y los herméticos retrógrados, fue admirado en cambio por ese corto número de sensibilidades, dispuestas a toda hora, para satisfacción de su orgullo, a penetrar y comprender al pionero que llega con la buena nueva de un arte lozano decidido a destruir lo inconsistente y falsamente respetado en la fugacidad de un instante, que si un punto se mantuvo no tarda mucho en perderse en el olvido.

MAESTROS DE LA PLASTICA MEXICANA



HOMBRE POLIFACÉTICO, testigo de todos los tiempos, forjado en fantásticas jalonaduras.

EL DOCTOR ATL

RAÚL VILLASENOR

PARA muchos, la figura física del *Doctor Atl* es inconfundible por la enorme semejanza que su imagen tiene con la representación del *Moisés* de Miguel Ángel, o con esa más familiar que le hace parecerse al Padre Eterno. Ante él se tiene la impresión de encontrarse ante un hombre que ha sido testigo de todos los tiempos, porque su lúcida mente atesora los enormes caudales de conocimiento que el ser humano ha ido integrando en el transcurso de su existencia.

El cuerpo en que mora el *Doctor Atl*, surgió a la vida en la ciudad de Guadalajara, Jal., el 3 de octubre de 1875, o sea hace poco más o menos ochenta y un años. Entonces y hasta una época difícil de precisar pero que tal vez no excede de los inicios de este siglo, se llamaba Gerardo Murillo, pero este nombre fue cayendo paulatinamente en desuso a partir del momento en que, en solemnisísima ceremonia, le fue impuesta la muy mexicana denominación que ha universalizado sus prestigios.

El *Doctor Atl* es un hombre polifacético cuyos haceres o realizaciones abarcan muchísimos campos de la actividad humana; imposible sintetizar en la brevedad de los renglones que aquí se le destinan, los más sobresalientes rasgos de su fabulosa personalidad que semeja haber sido forjada en fantásticas jalonaduras.

Ni tan siquiera se podrá integrar una idea precisa de sus perfiles como artista plástico. Cuenta Antonio Luna Arroyo en su libro *El Dr. Atl, Sinopsis de su Vida y su Pintura* (Editorial Cultura, T. G., S. A., México, 1952), que después de un deambular por montes y collados cercanos a Guadalajara por espacio de unos cuatro meses, su beberse el paisaje y otras maravillas de la Naturaleza, impulsaron a su sensibilidad a buscar en la pintura la manera de plasmar sus impresiones de color y forma. Con tal necesidad, ocurrió al taller del pintor Felipe Castro, de rigurosa formación académica y de quien recibió provechosas enseñanzas; ya en posesión del instrumental básico o sea con los elementos que permiten la formación del oficio, se trasladó con su familia a vivir en Aguascalientes.

De allí vino a esta capital; obtuvo ayuda presidencial y se fue a recorrer varios países europeos y asiáticos. Volvió a México en 1903 y a partir de entonces los azares de su existencia son tantos y variados, que de hecho su relación penetra al campo de los mitos y leyendas fabulatorias que parecen no tener fin, porque el *Dr. Atl* es uno de esos personajes que tienen la fortuna de sobrepasar a la fantasía con los hechos de su realidad.

El *Doctor Atl* merece como pocos el título de Maestro de la plástica mexicana; sin hipérbole alguna —tomando en cuenta que en México ha habido paisajistas de talla gigantesca—, puede considerársele como el más grande de los pintores dedicados a plasmar valles y montañas, pues como ninguno lo ha hecho, él ha sido capaz de captar la estremeciente y telúrica esencia del paisaje patrio.

Propietario de la inteligencia; usufructuario de una sensibilidad que corre pareja con su capacidad de comprensión, el *Doctor Atl* resume en su obra las más altas dotes creativas de que puede enorgullecerse un artista.

Imposible resulta enumerar las fechas y lugares en que ha realizado exposiciones, pero uno de sus hechos que lo pintan de cuerpo entero, es el gesto de donar para el patrimonio del *Museo Nacional de Artes Plásticas*, del INBA, la bellísima serie de dibujos y pinturas denominada *Cómo Nace y Crece un Volcán*, que puede ser admirada en los salones respectivos del Palacio de las Bellas Artes.